
Capítulo XXIII.

En el que el lector asiste á la toma de Guatemala y otras ciudades importantes.

Con infatigable actividad prosiguió Alvarado su expedición, deseoso de ponerla término para realizar su regreso á España, y unirse en estrecho lazo con la que era dueña de su corazón.

De Utlatlan se dirigió á Cuahutemallan, donde fué muy bien recibido y hospedado.

Siete leguas de allí habia una gran ciudad, situada al lado de una laguna.

Sus habitantes estaban en continua guerra con los de las dos poblaciones citadas, y Alvarado, según su costumbre, y obedeciendo también á las instrucciones que llevaba, les ofreció paz y amistad ántes de acudir á las armas.

Los encargados de cumplir esta misión, perecie-

ron á menos de aquellos con quienes iban á tratar.

Se creían invencibles, porque su ciudad estaba protegida por la laguna, y así no vacilaron en cometer tan inhumano atropello.

Alvarado se indignó con tan inicuo proceder; y juró que no quedaria impune tan villana conducta.

Salió, pues, con ciento cuarenta españoles y otros sesenta de á caballo y muchos indios de Cuahutemallan, y los enemigos no le quisieron recibir, negándose á escuchar sus amistosas proposiciones.

Caminó con las mayores precauciones, seguido de treinta caballos, hácia un peñon rodeado de agua.

Vió luego un escuadron de indios que se acercaba en actitud hostil.

Arremetió con energía, y al tratar de ayudarles los del peñon, le abandonaron, apoderándose de él españoles.

El resto del ejército pasó á nado la laguna.

Saquearon las casas de la población, y despues se dirigieron á un llano, en el que habia muchos maizales.

Allí sentaron sus reales, y durmieron aquella noche.

Al día siguiente entraron de nuevo en la ciudad, que hallaron completamente desierta.

Signieron avanzando, y se apoderaron de tres indios que vagaban fugitivos por aquellos contornos.

Alvarado les brindó de nuevo la paz, y les dejó en libertad para que fueran á comunicar sus intenciones á sus hermanos, advirtiéndoles que si en bre-

ve no se sometían á su autoridad, talaria sus campos y les pasaría á todos á cuchillo.

Esta amenaza produjo su efecto.

Un instante despues de la salida de los emisarios, vinieron á presentar á Alvarado los señores principales de la ciudad.

—Jamás,—le dijeron,—ha podido consentir tirano alguno oprimirnos con su yugo por medio de las armas. Ni Guatimozin, ni su antecesor Motezuma, pudieron hacernos pagar el más pequeño tributo.

Pero la admiracion que ha despertado en nosotros tu valor, la admiracion que nos ha producido la arrogancia con que te has presentado á nosotros, nos impulsa á aceptar la amistad que nos ofreces.

Dispon de nuestras vidas y haciendas, y reparte entre tus soldados los presentes que te traemos: nuestro mayor placer será que sean de su agrado.

Acudieron tambien á someterse á su obediencia otros muchos pueblos de la costa, y le dijeron las dificultades que habian tenido que vencer hasta llegar á su presencia, porque los de la provincia de Izcuintepac no dejaban pasar á nadie por su territorio que fuese amigo de cristianos.

Alvarado se dirigió á dicha provincia con toda su gente.

Durmió tres noches en despoblado, y luego entró en el término de la ciudad.

No habia caminos, porque sus habitantes no mantenian relaciones con las poblaciones inmediatas, y por un estrecho sendero se dirigió al lugar.



HERNAN CORTÉS.—En el camino encontró muchas flechas clavadas en el suelo.

Sorprendió á los izcuতেpecos en sus casas, y mató y prendió á muchos, sin darles tiempo á oponer la menor resistencia.

Quemó el pueblo, avisó al cacique que haria otro tanto con los campos si no se sometian todos á la obediencia del rey de España, á quien representaba, y tambien reconocieron su autoridad.

Se rindieron igualmente los de Cactipar, Tatixco y Nacendal.

Estos últimos, para pelear, traian en las manos unas campanillas, con las que producian un ruido infernal.

Despues de descansar ocho dias fué á Pazuco.

En el camino encontró muchas flechas clavadas en el suelo, y á la entrada del pueblo vió á algunos hombres que descuartizaban un perro.

Eran estas señales de guerra y enemistad.

En efecto, á poca distancia le aguardaba gente armada.

Logró dispersarlos, y continuó avanzando hasta un pueblo llamado Acayucatl.

Tambien allí le aguardaban en actitud hostil.

Pasó por cerca de ellos, y aunque llevaba doscientos cincuenta españoles de á pié, ciento de á caballo y seis mil indios, no se atrevió á emprender la lucha, porque sus enemigos eran muy numerosos.

No bien traspasó la línea que ocupaban sus contrarios, cayeron estos sobre el ejército de Alvarado.

Sió comprender el peligro que corrian, llegaron á acercarse hasta las colas de los caballos.

Volvió sobre ellos todo el ejército, y apenas dejó uno con vida.

Llevaban una especie de armaduras, tan pesadas, que los que caían al suelo no se podían levantar.

Consistían en unos sacos con mangas, que les cubrían desde la cabeza hasta los pies, formados de algodón torcido, de tres dedos de grueso, y embreados con una sustancia resinosa que les daba una gran dureza.

Formaban un conjunto muy singular, porque los sacos eran de diferentes colores, y además llevaban en la cabeza vistosos penachos.

Traían grandes flechas y lanzas de treinta palmos de largo.

En la refriega quedaron heridos muchos españoles. Pedro de Alvarado recibió un flechazo en una pierna.

La herida fué tan grave, que aun cuando curó de ella, quedó cojo por lo que se habían contraído los tendones.

Peleó después con otro ejército mucho más numeroso, y también salió victorioso.

Los de Cuitlachan vinieron ofreciéndose á sus órdenes, pero no eran sinceras sus ofertas.

Pensaban caer á traición sobre los españoles, y para saber con seguridad el número de sus fuerzas, habían apelado á aquella estratagema.

Pedro de Alvarado adivinó sus intenciones; pero no se atrevió á darles la batalla, atendido el considerable número de sus huestes.

Después de convencerse de que por medio de la paz no conseguiría atraerlos, regresó de nuevo á Cuahutemallan.

Fundó allí una ciudad, á la que dió el nombre de Santiago de Guatemala.

Eligió dos alcaldes, cuatro regidores, é hizo los demás nombramientos necesarios para la buena gobernación de un pueblo.

Construyó una iglesia, que es donde actualmente está la silla del obispo de Guatemala, encomendó muchos pueblos á los vecinos y conquistadores, y notició á Cortés el resultado de la misión que le había confiado.

Pedro de Alvarado recorrió en esta expedición más de cuatrocientas leguas, pasó grandes privaciones sufrió los rigores del hambre, y atravesó caudalosos ríos, algunos de ellos de agua tan caliente, que apenas se podían vadear por la dolorosa impresión que sentía al penetrar en ellos.

Capítulo XXIV.

Donde además de otros sucesos importantes, se dan á conocer las casas de reclusion para mujeres que habia en algunos pueblos.

La conquista del imperio de Méjico parecia que jamás iba á terminarse.

Mientras que se pacificaban unas provincias se rebelaban otras, y con frecuencia ocurría que muchas de las que habian acatado la autoridad de los españoles, se endian su yugo y peleaban de nuevo para hacerse independientes.

Acababa de leer Hernan Cortés la relacion que le enviaba Pedro de Alvarado de los triunfos obtenidos en su expedicion, cuando vinieron á anunciarle que algunas provincias próximas á la villa del Espíritu-Santo se aprestaban á la guerra y amenazaban la tranquilidad de las poblaciones vecinas.

Era de todo punto indispensable dar una leccion severa á los sublevados, y el ilustre caudillo llamó á Diego de Godoy para confiarle esta mision.

—Vais á partir,—le dijo el conquistador de Méjico,—á pacificar algunas provincias próximas á la villa del Espíritu-Santo.

—Me alegro en extremo, y os doy gracias por haberos acordado de mí. Me cansaba ya la inercia en que vivia, y al mismo tiempo deseaba se presentase una ocasion en que poder demostraros que soy digno de la amistad con que me distinguís.

—Hartas pruebas teneis dadas de vuestro valor y relevantes prendas, y por eso no he vacilado en elegir para esa empresa. Yo creo que con cien españoles, treinta caballos, dos piezas de artilleria y algunos indios aliados habrá suficiente para obtener el triunfo.

—Sentiria que atribuyérais á cobardia lo que voy á deciros.

—De ningun modo.

—Pues entonces permitidme que os haga una observacion.

—Decid lo que gustéis.

—Me parecen pocas fuerzas las que poneis á mi disposicion para contrarestar las numerosas huestes de esas provincias, porque tengo noticias que su territorio es inmenso y está muy poblado.

—Ya he tenido presente esa circunstancia al hacer el cálculo de las tropas que han de ir á vuestras órdenes.

Pero el territorio que vais á recorrer está situado entré Chiapa y Cuahutemallan, donde se encuentra Pedro de Alvarado, y entre Higueras, donde en breve saldrá Cristóbal de Olid; de forma que si necesitais refuerzos pueden facilitároslos dichos capitanes, sin que yo tenga que distraer gente de la capital.

Diego de Godoy quedó convencido con estas razones, y se puso en marcha.

Llegó Chamolla, que es un buen pueblo, situado en un cerro y defendido por una gruesa muralla.

Los habitantes esperaban á los conquistadores en ademan hostil.

Confiaban en la posicion ventajosa que ocupaban, y dirigian terribles amenazas á sus contrarios, excitándoles á la lucha.

Despues de un reñido combate, en el que los españoles no pudieron utilizar sus caballos por lo escabroso del terreno, lograron ganar el cerro, poniendo en dispersion á los que le defendian.

Los españoles, una vez en la ciudad, prendieron y mataron á muchos, sin que se escapasen de su furor las mujeres y los niños.

No fué grande el despojo, pero fué mucho el bastimento que allí hallaron.

Las armas que más abundaban eran lanzas y una especie de sacos de algodón embreado, con los que cubrian su cuerpo durante la batalla.

Tambien desvastó las ciudades de Chiapa y Huehuetlan.

En esta última les llamó la atención unas casas que habia en comunicacion con los templos.

Eran asilos de reclusion voluntaria, destinados á las mujeres.

Diferentes objetos se proponian las que iban á habitar las casas de los dioses.

Unas entraban allí para curar sus enfermedades.

Otras, careciendo de recursos, se albergaban en aquellas hospitalarias casas, porque sabian que los teopixques atenderian á su manutencion.

Pero la generalidad iban hacer penitencia para que los dioses alargasen su vida, les concediesen riquezas y les diesen maridos.

Lo primero que hacian al entrar en la clausura, era raparse el cabello, sin duda para diferenciarse de los sacerdotes, que le dejaban crecer.

Los quehaceres á que se entregaban eran el tejido y el hilado de algodón, del que hacian mantas que adornaban con plumas de colores.

Barrian el patio y naves del templo, y no hacian lo mismo con las gradas y las capillas, porque esta era obligacion de los teopixques.

Con finos pedernales se hacian sangrias, y de este modo acallaban las pasiones, que algunas veces les atormentaban.

Asistian á todas las fiestas solemnes, é iban en procesion con los sacerdotes; pero cuidando siempre de formar otra hilera separada de ellos.

Les estaba prohibido subir las gradas del templo y cantar.

Vivían de la caridad de los vecinos ricos y devotos.

Su alimento consistía en carne cocida y pan caliente.

Creían que el olor que despedían las viandas llegaba hasta los dioses, y que de este modo se mantenían.

Comían en comunidad y dormían juntas en una sala.

Rindiendo culto al pudor natural de su sexo, no se desnudaban, aunque á decir verdad, hubiera sido difícil esta operación por lo exíguo de su traje.

Cuando había sacrificios en los templos, bailaban delante de los dioses.

La que hablaba ó se reía con algun hombre seglar ó religioso, era reprendida severamente.

La que oedía á las seducciones del amor, era condenada á muerte, sufriendo igual suerte su seductor.

Pocas eran, sin embargo las que incurrian en este delito, porque abrigaban la creencia de que las que faltasen á los deberes de la honestidad verían podrirse sus carnes en medio de acerbos dolores.

No pudiendo Diego de Godoy derramar más sangre, dispuso que las mujeres que hallaron en el asilo que hemos descrito fueran conducidas á presencia de Cortés.

Así se verificó en efecto, á pesar de las súplicas que hacían las infelices para que desistieran de su idea los verdugos de sus hermanos.

Había entre las prisioneras una jóven como de diez y seis años.

Sus torneadas formas, la corrección de sus facciones, la lánguida expresión de sus hermosos ojos, constituían á la india en un modelo de belleza, pero de belleza que hablaba al alma.

Las vehementes pasiones de Hernan Cortés, adormecidas por los triunfos que alcanzaba en su campaña, se despertaron al contemplar á la jóven cautiva.

Pero como si quisiera sustraerse á la impresión que le produjo, como si quisiera alejar de su imaginación las ideas que le ocupaban, llamó á Cristóbal de Olid para conferenciar con él respecto á nuevas exploraciones.

¡Cuán lejos estaba el caudillo de adivinar la influencia que habían de ejercer en su porvenir las lánguidas miradas de la candorosa india!

Capítulo XXV.

Donde se vé que la conquista avanzaba rápidamente.

Hernán Cortés deseaba poblar á Higueras y Honduras, porque tenían fama de ser muy buena tierra y de abundar en ella el oro.

Hacia tiempo que abrigaba este deseo, y le hubiera querido realizar antes de que Francisco de Garay llegase á Panuco; pero por no abandonar el río y tierra que tenía poblado, desistió de su empeño.

Poco tiempo después de la muerte de Garay, tuvo cartas del monarca de España, fechadas en Valladolid el 6 de Junio.

En ellas le mandaba buscar por ambas costas el estrecho, que era opinión general que existía.

El valeroso caudillo dió con este motivo siete mil castellanos de oro á Alonso de Contreras para

que fuese á Cuba á comprar caballos armas y bastimentos, y despachó luego á Cristóbal de Olid con un bergantín y cinco naves bien artilladas y pertrechadas, y con cuatrocientos españoles y treinta caballos.

Mandóle ir á la Habana á pedir los hombres, caballos y vituallas que allí tuviese Contreras, y que poblase en el cabo de Higueras.

Le encargó igualmente que enviase á Diego Hurtado de Mendoza, su primo, á costear desde allí al Darien para descubrir el estrecho que todos decían, como el emperador deseaba.

Partió, pues, Cristóbal de Olid de Chalchicoeca el 11 de Enero del año 24.

Cortés envió dos navios á buscar el estrecho de Panuco á la Florida.

Mandó que también fuesen los bergantines de Zacatullan hasta Panamá con igual objeto; pero esto no pudo verificarse, porque cuando llegó la orden se habían quemado dichos bergantines.

Otra de las provincias que se habían sublevado, era la de Zapotecas.

Después de haber jurado obediencia á Cortés, al saber la destrucción de Méjico, adivinando que el caudillo les trataría como á vencidos, acordaron recorrer los pueblos inmediatos excitando los ánimos, y se declararon independientes.

Rodrigo de Rangel fué el encargado de castigar su crimen, y el escarmiento que sufrieron fué tan grande, que jamás volvieron á sublevarse.

Este valeroso capitán, al regresar á Méjico, trajo ropa y oro en gran abundancia.

Tenian los zapotecas ciertas costumbres, que nos agradecerán conocer nuestros lectores.

Cuando el cacique se hallaba enfermo y desahuciado por los augures y curanderos, nombraba á uno de sus hijos para que le sucediera en el mando.

Se noticiaba esta eleccion y los motivos que la ocasionaban á todos los altos dignatarios de la provincia, y todos acudian trayendo ricos presentes á su nuevo señor, como una prueba de que reconocian su autoridad.

Si el cacique se hallaba próximo á morir, cerraban las puertas de la habitacion para que ninguno se incomodase.

Las insignias de mando se depositaban en el portal del patio de palacio, y allí permanecian los vasallos convocados á tan triste ceremonia.

En cuanto espiraba el enfermo, entraban en su habitacion y todos prorumpian en amargo llanto.

Bañábanle despues con agua olorosa, vestíanle una camisa muy fina, y le calzaban unos zapatos de venado, que era el calzado que usaban los caciques.

Le adornaban los tobillos con cascabeles de oro, el cuello con sargas de turquesas y otras piedras; colocaban en sus muñecas preciosos brazaletes, y en sus orejas zarcillos de oro, y cubrian sus espaldas con una especie de manto, formado de vistosas plumas tejidas caprichosamente.

Echábanle en unas andas, en las que con hojas se-

cas y plumas se habia formado una blanda cama, y poníanle al lado un arco y un carcaj de piel de tigre con muchas flechas.

En tanto que estas ceremonias tenian lugar, las mujeres y los hombres á quienes se habia de matar para enterrarlos el mismo dia que el cacique, se lavaban y se perfumaban con gran esmero.

Dábanles muy bien de comer, y procuraban embriagarles para que no sintiesen la muerte.

El nuevo cacique designaba las personas que habian de acompañar á su difunto padre, porque algunos se negaban á sufrir tan triste suerte, si bien otros lo tenian por mucha honra.

Los que componian el cortejo, y que más tarde habian de ser sacrificados, llevaban pintado el rostro de amarillo, y adornaban su cabeza con guirnaldas de flores.

Iban tañendo caracoles y conchas que producian extraños sonidos, y de cuando en cuando cesaba aquella enarmónica música y prorumpian en acerbo llanto.

Los hijos del muerto y los señores principales tomaban en hombros las andas y caminaban pausadamente al templo del dios Curicaneri.

Los parientes rodeaban las andas y entonaban unos cantares tristes.

Los oriados, los jefes del ejército y los altos dignatarios, llevaban pendones y diversas armas.

La comitiva se ponía en marcha á media noche. Numerosos esclavos iban delante con teas encen-

didias y cuando llegaban al templo ya habia preparada una pira de leña para quemar el cuerpo del difunto.

Colocaban las andas encima de la pira, prendian fuego á la leña, y mientras las llamas consumian al cacique, los designados para morir terminaban sus dias bajo los golpes de terribles macanas que asestaban en su cabeza.

Enterrábanlos de cuatro en cuatro con los vestidos y adornos que llevaban, detrás del templo á raiz de las paredes.

Cuando el fuego se habia extinguido, recorrian las cenizas, huescos, piedras y oro derretido en una rica manta, é iban con ello á la puerta del templo.

Salian los sacerdotes, bendecian aquellas reliquias, envolvíanlas en otras mantas, hacian un muñeco, y le vestian y adornaban del mismo modo que estaba el cacique antes de ser quemado su cuerpo.

Abrian luego una sepultura al pié de las gradas, ancha y cuadrada, y de bastante profundidad; armaban dentro una cama, y uno de los teopixques colocaba en ella el maniquí que recordaba al monarca.

Colgábanse despues en las paredes de la sepultura rodelas de oro y plata, penachos, saetas y arcos.

Arrimábanse tinajas, ollas jarros y platos.

En seguida se tapaba el hoyo con vigas y tablas, y encima se echaba tierra y agua.

Todos los que habian asistido á la fúnebre ceremonia se retiraban á palacio, y despues de lavarse

escrupulosamente, se sextaban á la mesa preparada al afecto.

En medio del mayor silencio sólo se interrumpian para decir á los esclavos:

—Dame de beber.

Durante cinco dias se celebraban estos banquetes.

En este tiempo no encendia fuego en casa alguna de la ciudad, excepto en el palacio y en los templos, ni se molia maiz sobre piedra, ni se transitaba por las calles.

De este modo manifestaban los chincicilecos la pena que les causaba la muerte de su cacique.